

Ya no os ajuntamos (Cuento)

Por EUGENIO MIGUÉLEZ RODRÍGUEZ

Los cimientos de la casa más antigua de aquel pueblo se hundían en la noche de los tiempos. De esas mismas profundidades afloraban los caracteres que definían la personalidad de los nativos: nobles, abiertos, acogedores, hacendosos, pacíficos.

La escuela, como transmisora de conocimientos, y los venerados ancestros, como vehículo de tradición oral, surtían a cada habitante de Valverde de la cuota de identidad a que todo valverdiano tenía derecho. Los pueblos cercanos a Valverde mostraban las mismas notas definitorias. La diferencia residía en el grado con que cada uno de ellos combinaba esas características y no en los caracteres mismos.

La vida en estos pueblos se desarrollaba con normalidad, y hasta con monotonía. Cada persona y cada cosa cumplían con lo que de ellas se esperaba. En la escuela, los niños cultivaban su espíritu y crecían en edad y sabiduría “delante de Dios y de los hombres”. Para sus aventuras y juegos, cada uno procuraba unirse con los componentes de su pandilla.

Los fundadores del grupo de “Los Golosos” se mostraron también normales en la elección de su nombre, pues lo tomaron de una inclinación común a todos los niños de todas las épocas. Integraban la pandilla los gemelos Nacho y Javi y su primo Chema, un año inferior. Completaban el quinteto Bernardo y Lolo, que eran primos entre sí y de la misma edad. No tenían discrepancia alguna que no fuera natural entre niños, además de las originadas por la circunstancia de ser dos grupos incluidos en otro superior, aunque en las decisiones no solía tener peso la circunstancia de que, por parentesco, fueran tres contra dos.

La armonía comenzó a quebrarse aquel día en que, cansados de jugar con los cromos de las razas, se sentaron en corro, sin nada especial que hacer más que observarse unos a otros. Fue Nacho el que, de pronto, le preguntó mirándolo fijamente:

-Lolo, tú no naciste en Valverde ¿Verdad?

-No.

-¡Claro! Por eso eres el único feo de nuestra pandilla.

El comentario, ese día, no pasó de ahí. Pero, al día siguiente, fue Javi quien, en circunstancia parecida, se refirió al mismo tema.

-Yo creo que Nacho tiene razón en lo que dijo ayer: Lolo es mucho más feo que el niño más feo de Valverde. Y, en comparación con los chicos que yo conozco de otros pueblos, los de nuestro pueblo somos los más guapos.

Aunque este descubrimiento se hubiese propagado, nadie hubiese podido pensar en la transcendencia que habría de alcanzar.

-Pues para mi mamá soy el niño más guapo del pueblo, y e lo dice muchas veces -se atrevió a replicar el “patito feo” del grupo.

-¡Hala, bobo! ¿No sabes tú que a las mamás, cuando miran a sus hijos, se les pone algo en los ojos y no ven bien?

Pronto el tema se convirtió en una constante de las conversa-

ciones infantiles y, en Nacho y en Javi, llegó a ser obsesivo. Hasta tal punto llegó la obsesión, que terminaron exigiendo a los niños de los pueblos del contorno una especie de pleitesía a Valverde, por tener los niños más guapos. Contra tantos caracteres iguales, bastaba esta circunstancia para marcar una diferencia esencial y excluyente. De las palabras pasaron a las obras y, a quienes se negaban a cumplir los caprichos de los “guapos”, los insultaban y maltrataban.

Cada uno de los cinco amigos empezó a tomar una actitud ante la complejidad de la nueva situación. Nacho, animado y apoyado por su condición de fortaleza física, estaba metido continuamente en peleas con los chicos de los pueblos vecinos. Javi ayudaba a Nacho a elegir a los niños más enclenques y las situaciones más propicias para ejercitar sus puños. Chema mostraba continuamente su coincidencia de ideales con los otros dos amigos, si bien no se inmiscuía en las peleas. Finalmente, Bernardo y Lolo, al ver que los amigos no cesaban en su barbarie, les comunicaron, definitivamente:

-Ya no os ajuntamos

-Peor para vosotros -amenazó, lacónico, Nacho.

En efecto, pronto comenzaron ellos mismos a notar las consecuencias de “no ajuntarlos”.

Pasaron los años, y los cinco niños se hicieron jóvenes. El miedo formó parte de la estrategia y se encargó de mantener las bocas calladas y brindarles impunidad. Las ideas se fueron afianzando en sus almas y los actos de niño crecieron hasta ser actos de adultos y los moratones de los puños se convirtieron en mutilaciones. Y llegó el primer muerto. Y la muerte se hizo oficio. Y vino el segundo muerto. Y Lolo se convirtió en el tercero. Cada acto de violencia era celebrado por Nacho y Javi. Chema comenzó a discrepar de métodos tan brutales, pero siguió proclamando la doctrina de la singularidad de Valverde. Asesinado Lolo, Bernardo adoptó la actitud firme de oposición, tanto a la ideología como a los métodos. Convirtió en su lema la expresión de su amigo:

- YA NO OS AJUNTO.

La situación se fue pudriendo y daba la impresión de que el asesinato se había convertido en una diversión, como de niños lo era el juego de “guardias y ladrones”. Se declaró también como enemigos a quienes, siendo nativos de Valverde, no aceptaban la idea de proclamarlo por la fuerza. El único y leve rayo de esperanza que podría lanzar algo de luz sobre el panorama era el acto de reflexión que, al fin, logró tener Chema: “Si una doctrina es capaz de justificar la muerte de alguien por no profesar sus ideas, esa doctrina es intrínsecamente perversa y degrada a quienes la profesan. Así que renuncio a ella”. Nunca había creído que esta renuncia pudiera traer tanta paz a su alma. Ya volvería a defender sus ideas cuando pudiera hacerlo noble y civilizadamente.

Pero Nacho y Javi ya habían perdido su capacidad de ver la realidad y de reflexionar sobre ella. Su paranoia les representaba un pueblo de Valverde necesitado de sus servicios para rechazar la influencia de fuerzas ajenas.

Llegaron a contagiar su paranoia a otras mentes enfermas que sólo se alimentaban de la sangre de sus víctimas. Progresaron en su fanatismo y en su imposición. Su pretensión ahora ya era que el reconocimiento de la belleza de los valverdianos lo declararan no ya las personas concretas, sino las autoridades

de los pueblos vecinos. No eran capaces de comprender que las instituciones no pueden ser libres para hacer muchas cosas permitidas a las personas. Tampoco entendían cómo la mayor parte de sus paisanos no compartían sus ideales, que para ellos eran tan transcendentales.

Finalmente, les declararon unilateralmente la guerra a todos los pueblos cercanos y se pertrecharon para ganarla. Era la única manera de convencer de sus ideas a sus vecinos. Amonaron municiones que iban repartiendo a sus "comandos".

Aquella noche de verano parecía una noche más, serena, pacífica, aunque oscura. Sin embargo en algunos sótanos del pueblo bullía una actividad febril, completamente desapercibida para los valverdianos, bien ajenos al regalo que les estaban empaquetando algunos conciudadanos. Los ladridos, lejanos y aburridos de dos perros eran la única delación de esa actividad. Serían las cuatro de la madrugada cuando se registró una gran explosión, que silenció a los perros y envolvió a todo el pueblo de Valverde con todos sus seres vivos. Cuando se despejó la humareda y fueron llegando las primeras luces de la mañana, los habitantes de los pueblos vecinos pudieron contemplar con horror la desaparición total de Valverde. ¡Qué lejos estaban de pensar aquellos iluminados que su estrategia causaría la destrucción de todo el objeto de su lucha! La explosión se había originado en un sótano, en los cimientos de la casa más antigua de aquel pueblo, que se hundían en la noche de los tiempos.



Desde que te subiste al laurel

Valga por una reseña sobre *Desde que el abuelo bajó del árbol, así andamos*, de José Antonio Martínez Reñones

POR ANA PALOMO

Me regalaron inocentemente tu libro y, con la misma candidez, me pidieron que te escribiera una reseña. No sé, no sé: ¿te hago una descripción temática? ¿Una crítica contra tus "torpes líneas demenciales"? ¿Un panegírico? "Dale ánimos para que siga escribiendo", me dijeron, tal cual, fíjate qué ingenuos, como si uno pudiera decidir dejar de escribir, con ánimos o sin ellos. A cuento de qué si especialmente

Ya sé, ya te veo comprensiva:

tu ironía: versos, versos, versos...

mientras yo perro destripado en la cuneta.

¿Qué versos, qué hostias?

Solo perro. Te digo. ¿Entiendes? Solo perro.

Y además no te sirve este intestino fuera.

No entendiste nada además.

Así las cosas, vamos a ver qué hacemos con este intestino fuera, vamos a ver si a "alguien uno" le entren terribles ganas de abrir el libro y resulta que, mira tú por dónde.

Setenta y dos poemas dan para mucho, incluso para encontrar cuatro o cinco fundamentales, de esos que abren la espita en el cerebro. Y un montón de líneas que uno desearía haber escrito. Cada cual hará su antología íntima y el "rostro cruciforme" que compongan esas palabras, el "hombre íntimo y particular", será en parte un trozo de ti, Jose Antonio, y un mucho de uno mismo.

Te dirán que a veces no se te entiende, y es que algunos creen que subiste a la tarima (y no al laurel) para explicarles la vida, cuando en realidad tienes el libro plagado de oquedades, de limpias interrogaciones (¿"Dónde estamos que no somos?") y ausencias y elipsis. Como cuando prescindes de aquellas

Diez frases que chirrían a poeta

pero no se ajustan nada

a cómo llueve y a cómo te siento.

porque realmente "llueve y te pienso como un tren de melancólicos" y eso sí que se ajusta sin chirriar. Así que no es que haya mucha musiquilla con "palabras / engalanadas con guirnaldas y al trotecito". Y tampoco un hermetismo de filigrana, que quede claro

Pero con qué historias sintácticas nos venís,
con cuántos grilletes las palabras asfixiadas,
con cuánta escuela, parnasos, diplococos.

Habéis hecho de una orgía sensorial

una secta de daosporculo. ¡Allá vosotros!

Y aquí nosotros.

Aquí nosotros, sí, pero ¿dónde estamos que no somos? Te dirán que cogiste la pluma en una mano y la espada (la charrasca, que diría Trapiello) en la otra y te han salido muchos poemas batalladores, casi de púlpito, (contra Occidente, la Banca, Ellos, lo Que No Fue, el Acopio Cultural, Yuppies perfumados con anhídrido ético...); y creo yo que a veces hay que soltarse la melena y alzar la voz aunque salga un escupitajo porque, quién lo decía, la poesía es un martillo y nunca "un producto/monopolizado por diez tenderos". Pero se te cae la espada, ay, cuando te asaltan los trigales.

El caso es que es verdad, de campesinos comemos y además, a veces te da en la cara el "verde de verdeabril" y ahí sí que se te nota lo auténtico, chaval. Te habrás parado muchas veces ante las choperas, en atardeceres cepedanos que respiran "tanta paz / como no se concibe si se defeca constreñido en un duodécimo" (no se concibe, no, esto lo rubrica mi experiencia).

Luego están tus mujeres, con esa extraña tendencia a inmiscuirse por cualquier lado, así en la vida (tu querida sherlock) como en la letra: la adorada en travelling, las viajeras que no acaban de enterarse de nada, la masacrada por un recuerdo, la niña de la cultureta, aquella otra a la que cruel le ladras pura mística después de haberla combado cual anguila, la que, en fin, al final, cría unos hijos que no son tuyos... Y así. (Yo no digo, ni dejo de decir, que esto sea amor, que no haya, o sí, quizá, en algún sitio, aquí o allá, alguna forma practicable de ternura sin resbalar por el asco o la melancolía, no sé, de veras...).

Y bien, Jose Antonio (no sé cómo te llaman los amigos), lo dicho:

No me extraña la egolatría que me lame

si me arrojaron ciego e infectado a la angustia.

Hablar de uno, cuando menos, hablo,

señala un grito en el espacio.